

Bob Dylan

RODRIGO FRESÁN

APUNTES PARA UNA TEORÍA DE

UNO Algunas cosas que ha dicho Bob Dylan sobre el arte de escribir canciones a lo largo de los años:

“Yo no soy lo que importa. Lo que importa son las canciones. Yo soy apenas el cartero. Yo soy el que entrega las canciones.”

“La gente podría saber todo sobre mí a través de mis canciones, pero hay que saber dónde buscarlo.”

“Mis canciones no son otra cosa que yo hablando conmigo mismo. Tal vez suene egoísta, pero así son las cosas.”

“Compuse las canciones porque necesitaba interpretar las canciones. Y estaban escritas en un idioma que yo jamás había oído.”

“Si no pueden comprender mis canciones se están perdiendo de algo. Si no pueden entender los relojes verdes, sillas mojadas, lámparas púrpuras o estatuas hostiles, también se están perdiendo de algo.”

“Cualquier idiota puede escribir canciones. Si me vieran a mí escribir una canción se darían perfectamente cuenta de lo que quiero decir.”

“Soy un firme creyente en la idea de que cuanto más vives mejor te pones. Puedes utilizar una canción para hacer cualquier cosa, ¿sabes?”

“En realidad no importa de dónde viene una canción. Lo único que importa es a dónde te lleva.”



Patricio 01

Todas las frases de arriba fueron pronunciadas por Bob Dylan (las fechas no importan, su sentido no obedece a ningún ánimo pasajero en particular sino a la necesidad constante de borrar rastros a medida que se escribe y se canta) a lo largo de su carrera profesional y artística.

Digo que las fechas no importan porque —camino del medio siglo de su nacimiento artístico— Dylan se las sigue arreglando para mantener intacto el misterio de su figura, de su leyenda y de su método.

DOS Dylan como artista y Dylan como leyenda, 68 años de edad biológica este junio, se encuentra en un momento y en un sitio y en un sitio envidiable. No hay colega contemporáneo o sangre joven que no jure por su nombre. Y su público y fans —con quien por momentos compartió una de las relaciones más complejas en el mejor sentido de la palabra— lo siguen donde vaya y esperan y decodifican sus nuevos discos, otra vez, como en los años sesenta, con la misma pasión que otros dedicaron al Libro de las Revelaciones. Esa tan épica como graciosa voz en *off* de locutor solemne que, en el arranque de sus conciertos, intenta en vano resumir la ajetreada trayectoria del “Columbia Recording Artist Bob Dylan” —la distancia que va del optimismo combativo de los tiempos que están cambiando a la sabiduría indiferente de las cosas que han cambiado, pasando por conversiones religiosas y “desapariciones” por “abuso de sustancias”— apenas roza la punta del iceberg o, mejor dicho, la superficie del glaciar. Porque Dylan tiene tanto arriba como por debajo de su línea de flotación. Y, a la hora de la verdad, por encima de todo, lo que prima es la inapelable calidad y cantidad de su obra. Para ponerlo en las palabras del cantautor Arlo Guthrie, hijo de Woody, palabras que podrían ser las de todo *songwriter* nacido y crecido bajo su encandiladora luz y su intimidante sombra: “Escribir canciones es como pescar en un arroyo; arrojas el anzuelo y te sientas a esperar que algo muerda. El problema es que con Dylan pescando corriente arriba nadie atrapa nada aquí abajo”. Palabras que, cuando se las comentaron a Dylan, provocaron una sonrisa y un suspiro y un “Bueno, el secreto está en la carnada”.

TRES Y ya es mucho tiempo el que las canciones llevan mordiendo el anzuelo de Dylan para que luego nosotros

mordamos esas canciones y quedemos enganchados en y con ellas para siempre. El actor y dramaturgo y compañero de carretera Sam Shepard describió con precisión la imposibilidad de precisar esta fascinación:

Dylan se ha inventado a sí mismo. Se ha creado de la nada. Es decir, a partir de las cosas que tenía a su alrededor y dentro suyo. Dylan es una invención de su propia mente. La cuestión no pasa por comprenderlo sino por asimilarlo. En cualquier caso, se mete adentro tuyo, ¿así que por qué no recibirlo? No es el primero en haberse inventado a sí mismo, pero es el primero en haber inventado a Dylan. Nadie lo inventó antes que él. O después. ¿Qué es lo que sucede cuando alguien inventa algo fuera de sí mismo como un aeroplano o un tren a vapor? Ese algo es apreciado por sí mismo. Es visto como algo increíble porque nunca ha sido visto antes, pero es recibido por la gente y, en el proceso, cambia sus vidas. No se la pasan a su alrededor intentando comprender lo que no es, por siempre. Tan sólo lo utilizan como un medio para poner en práctica la aventura.

Larry David —coautor junto a Dylan y director de esa suerte de autobiografía en clave, de esa larga canción en celuloide que es el largometraje *Masked and Anonymous*— diagnosticó, a partir de su propia experiencia, acertada pero incurablemente, nuestra relación con Dylan y los privilegios de quienes acceden al contagio directo:

El haber conocido a Dylan ha sido la experiencia más movilizadora en toda mi vida... Es como conocer a tu gurú y que tu gurú te muestre un espejo para que te reflejes y que te ordene mirar a fondo... Si en realidad quieres conocer el mundo de Bob, más te vale quitarte los zapatos y prepararte para un largo viaje. Ya sabes, él es alguien que ha visto, siempre, más cosas que cualquiera de nosotros y por lo tanto, si eres inteligente, más te vale escucharle y te dirá todo aquello que necesites saber; pero a ti te corresponderá el trabajo de unir las piezas e interpretarlo... Y al mismo tiempo, más allá de todo lo mítico que hay en él, Bob necesita que lo llames Bob. Porque *Dylan* es problema nuestro y no suyo. *Dylan* es lo que le hemos impuesto a su persona mientras él se aferra a su “bobismidad”, su humanidad, su realidad; porque es consciente de que si llega a ser completamente absorbido por su propia mitología, bueno, esa es una carga que nadie, ni siquiera él, puede soportar.

El poeta Allen Ginsberg, entrevistado en el documental que Martin Scorsese dedicó al genio y figura de Dylan, afirma haber tenido frente a Dylan la visión “de un artista solo idéntico a su propia respiración. Alguien como una columna de aire”

Greil Marcus y el novelista Don DeLillo en una reciente conversación publicada por el mensuario *The Believer*: “Se creó a sí mismo, como Lawrence de Arabia, como alguien que no era pero aún así sí que lo es. Alguien que se convierte en una figura para la que no pasa el tiempo porque atraviesa las épocas. Alguien que, en su actuación y cambios, nos enseña a ver las diferentes posibilidades de las diferentes eras”.

Dice allí DeLillo:

La historia de Dylan es la historia de la Identidad Norteamericana... La historia de un sobreviviente... Lo grande de Dylan es que la suya es una historia tan norteamericana y él es un artista tan norteamericano. Dylan es norteamericano de una manera mucho más importante en la que los Beatles o los Stones son ingleses... Dylan es una de esas raras personas que acaba ejemplificando su arte en su persona. Me parece extraordinario que todavía esté donde está luego de casi medio siglo en el camino. Es algo muy difícil de lograr y algo casi imposible de conseguir para un músico de rock. Los escritores lo pueden hacer muy de vez en cuando. ¿Es Dylan la única figura a la que podemos imaginar haciendo esto? ¿Va a seguir haciéndolo?

CUATRO La respuesta parece ser sí. Y contar los mecanismos de esta afirmación, desarmarlo para volver a armarlo, no es, está claro, un trabajo sencillo.

Las grandes letras de Dylan —así como las grandes acciones de Dylan— son relámpagos que nunca caen en el mismo sitio dos veces. Y muchas de ellas —seamos sinceros, porque el mismo Dylan ha sido el primero en reconocerlo con sonrisa torcida— no tienen sentido alguno y se limitan a jugar con el sentido secreto que cobran las palabras y los hechos al desordenarlos rumbo a un orden alternativo. Contemplar su técnica/método/sistema bio-musical en esa acaso involuntariamente reveladora secuencia de *No Direction Home: Bob Dylan* donde el *songwriter* se divierte leyendo y alterando *in situ* la composición de un cartel de tienda de mascotas de Londres hasta convertirlo en algo que bien podría entrar o salir de *Blonde on Blonde* o, tan solo, buscar el esquivo sentido lógico del *nonsense*.

Porque de hecho, es el mismo Dylan quien se encarga en sus conciertos —territorio por el que según él pasa la verdadera obra y se juegan las más grandes apuestas— de reescribirlas y mutarlas en vivo y en directo para el desconcertado placer de sus fans. Una de las explicaciones para esto es que Dylan detesta que el público cante con él. Otra es que Dylan nunca se conforma y de ahí que se la pase cambiando él y cambiando sus canciones. Una posibilidad es que Dylan, quien dice vivir en la “Era del Burlesque” y que más de una vez se ha definido como un sencillo *song-and-dance man*, mute repertorio y pose de acuerdo con el público de cada noche para darles su merecido o lo que se merecen.

Súmese a todas estas variables no el “problema” de las muchas canciones de Dylan sino el de los muchos Dylans a lo largo de casi cincuenta años en el camino.

El desafío pasa por encontrar un tono común y más o menos reconocible que permita identificar al mismo hombre detrás de todos esos reflejos. Porque ya saben: Dylan, desde un punto de vista vital y autoral, hay muchos. Está el falso campesino lanzándose a la conquista del Greenwich Village, el fabricante en serie de grandes himnos de protesta, el intimista de transición, el mesías eléctrico y lisérgico vomitando visionarias canciones de amor/odio, el exiliado folk-country, el vagabundo carnavalesco, el divorciado confesional, el apocalíptico cristiano renacido, el ídolo indiferente de buena parte de los ochenta, el arqueólogo germinador de sus propias semillas y raíces con álbumes de venerables y reescritos *oldies* como *Good As I Been to You* y *World Gone Wrong*, el que luego de un epifanía se reinventa como guitarrista *lead* y animal por siempre *live* y (leerlo en las páginas más inesperadas y fascinantes de su *Crónicas Volumen I*) reformula la composición generacional de su audiencia, el que le canta a la decadencia del amor y del cuerpo en *Time Out of Mind* para después invitar a esa rabiosa fiesta mitad de bienvenida y mitad de despedida que son “*Love and Theft*” y *Modern Times*. Sumarle a esto el proceso necesario a la hora de destilar toda una vida y una trayectoria donde confluyen el Dylan que se inventa un pasado con el que crea el futuro de los demás. El Dylan que tiene fama de recluso y el que, dicen, en ocasiones irrumpe sin avisar en los *chats* sobre su persona para reírse de lo que allí se dice e intentar convencer a los participantes con un “En

serio, soy yo, soy Bob". El Dylan que pregunta una y otra vez quién arrojó un vaso por la ventana de un hotel de Londres y el Dylan que asegura que Jesús le movió la cama de otro cuarto de hotel. El Dylan que le dice a Joan Baez que escribió "Masters of War" por el dinero y que varias décadas después, luego de ser presentado por Jack Nicholson como "El Tío Bobby", arroja esta canción, bestial y casi irreconocible, al rostro de su engalanado público en plena Guerra de Irak I, y agradece sin agradecerle a nadie un Grammy a toda su carrera invocando el espectro del propio padre

y de Buddy Holly. El Dylan que dice sentirse acabado para, de pronto, anunciarse renacido. El Dylan que no hace mucho, en una entrevista telefónica, ante las palabras de un periodista manifestando su asombro por el vigor y entusiasmo con que el artista seguía tocando, cantando y ejecutando esos bailecitos cada vez más graciosos y elegantes casi todas las noches en cualquier lugar del mundo, respondió con voz crocante: "No veo donde está lo asombroso... Es esto o mudarme a Miami a beber whisky frente al televisor. ¿Usted que elegiría?".

CINCO En su libro *Dylan's Visions of Sin*, el académico y ensayista Christopher Ricks se refiere —en una juguetona pirueta espacio-temporal— a William Shakespeare como a "ese escritor dylanesco". Semejante apelativo indignará a los puristas pero —si se trata de poner obra contra obra y misterio contra misterio— lo cierto es que no suena fuera de lugar o de proporción. La luminosa sombra del inglés suele aparecer en las canciones del norteamericano mientras que más de un giro del autor de "Jokerman" no desentonaría en algún monólogo de Hamlet. En una conversación que Dylan tuvo con Paul Zollo —justamente reconocido por sus perceptivas y reveladoras entrevistas con *songwriters*— el nombre de Shakespeare no demoró en asomar la cabeza:

"Hay personas que tienen cierta dificultad a la hora de admitir que Shakespeare es el autor de todo lo que se le atribuye. ¿A ti te cuesta comprender algo así?", pregunta Zollo.

Dylan: "La gente suele tener dificultades para aceptar todo aquello que los avasalla".

Zollo vuelve a preguntar: "¿Te parece que de aquí a unos años pueda llegarse a pensar lo mismo sobre tu persona, que difícilmente un solo hombre haya podido producir una obra tan increíble?"

Dylan: "Puede ser. Puede que miren atrás y que crean que nadie escribió mis canciones. (*Hace una pausa y sigue en voz baja*) Pero lo cierto es que lo mejor para uno es no pensar en cómo será percibido en el futuro.

A la larga, eso acaba haciéndote daño..."

Zollo otra vez: "¿Pero no tienes la certeza de que hay canciones tuyas que durarán para siempre?"

Dylan: "¿Quién va a cantarlas? Mis canciones no están hechas para que las canten otros..."



DYLAN: "LA GENTE SUELE TENER DIFICULTADES PARA ACEPTAR TODO AQUELLO QUE LOS AVASALLA".

SEIS Es posible. No hay canción *de* Dylan que supere a una canción *por* Dylan. Es la paradoja de los artistas verdaderamente universales: empiezan siendo hijos de su época para acabar siendo padres de su tiempo y su obra no tiene límite pero, al mismo tiempo, empieza y termina en sí misma. La única forma posible para que cualquiera de nosotros pueda *interpretar* o *cantar* a Dylan es leyendo las letras de sus canciones.

Como coartada para todo esto, vayan las palabras del mismo Dylan: "Yo no rompo las reglas porque no hay reglas" y "Puedes utilizar una canción para hacer cualquier cosa, ¿sabes?".

"No tengo idea en dónde estoy la mayoría del tiempo. Ni siquiera me importa... Ahora encuentro la religiosidad y la filosofía en las canciones. No la hallo en ninguna otra parte. Ahora tan sólo creo en las canciones", le dijo Bob Dylan al escritor David Gates, en 1997, luego de muchos años de creer en cualquier cosa menos en las canciones en general y en las suyas en particular.

Y a Jonathan Lethem en el 2007: "Mis viejas canciones, tienen algo... De acuerdo, itienen *algo!* Creo que mis canciones han sido versionadas tal vez no tantas veces como 'White Christmas' o 'Stardust', pero hay una lista de unas cinco mil grabaciones. Hay *mucha* gente cantando esas canciones, así que deben de tener *algo*. Si yo fuera yo, yo también versionaría mis canciones. Muchas de esas canciones que escribí en 1961 y '62 y '63 y 1973 y 1985. Todavía puedo tocar muchas de esas canciones y, bueno, ¿cuántos artistas hicieron canciones así en esos años? Me encanta Marvin Gaye, me encanta todo eso. ¿Pero cuán seguido vas a oír 'What's Goin' On'? Quiero decir: ¿quién la canta hoy? ¿Quién canta 'Tracks of my Tears'? ¿Dónde cantan *eso* esta noche?"

Una cosa está clara suceda lo que suceda: Dylan —a menos que ocurra algo muy extraño e inesperado; y cosas muy extrañas y muy inesperadas han ocurrido

en su vida y en su obra— salió ha buscar el mercurio salvaje de ese sonido perdido durante muchos años y, por fin, lo ha encontrado más sabio y experimentado y, de algún modo, libre de todo ese conflicto que lo llevó a dejarlo caer en 1966 y que ahora hasta le permite pensar en un retiro porque "siempre quise irme en lo más alto".

Dylan afirmó en *Rolling Stone* que "Siempre me dije que me retiraría en lo más alto. Nunca quise esfumarme o ser considerado alguien acabado. Alguien que se esfumó o alguien para quien ya pasó su hora. Y ahora todo está o.k., y he conseguido lo que me propuse. Siempre quise ser alguien que jamás sería olvidado".

Deseo concedido.

SIETE Algunas cosas que ha dicho Bob Dylan sobre el futuro y el destino a lo largo de los años:

"Yo no tengo un rebaño de astrólogos diciéndome lo que va a suceder. Yo tan sólo me limito a hacer un movimiento y después otro, esto conduce a aquello".

"El destino es la sensación de que sabes algo sobre ti mismo que el resto del mundo ignora. La imagen de ti mismo que tienes en la mente acaba por hacerse realidad. En cierto modo es algo que debes mantener en secreto, porque es un sentimiento frágil, y si lo sacas a la luz, alguien lo destrozará. Más vale guardar todo eso dentro de uno".

"Soy un firme creyente en la idea de que cuanto más vives mejor te pones".

P/S: Y, a propósito, antes de terminar —sabiendo que nos enfrentamos a una historia y a un histórico interminable, como una piedra que rueda, flotando en el viento, por siempre joven—, por las dudas, porque nunca se sabe: se pronuncia *Dylan* y no *Dáilan* ☞